

La esperanza de Nagasi

Pedro M. Almagro

Image not found.

Capítulo 1

LA ESPERANZA DE NAGASI

Existió tiempo ha, en un poblado diezmado por la sequía, el hambre y las enfermedades, en la República Democrática de Etiopía, un niño que, aunque estaba literalmente en los huesos, nunca desfallecía pues su espíritu, sin duda alguna, era muy fuerte, positivo, y como no, muy despierto e imaginativo al igual que cualquier niño de su edad.

Nagasi, que así se llamaba nuestro amigo, pertenecía a la tribu de los Hamer cuya situación era muy delicada y estaba en las últimas; las ayudas prometidas nunca llegaban y el agua... bueno, hacía tiempo que no bebían agua sino una mezcla insalubre de esta con tierra y suciedad. Esperaban, siempre de un momento a otro, provisiones de comida, medicinas e incluso semillas para intentar cosechar algo en aquellos páramos abrasados por el sol incombustible, como una lente que concentra su tórrido haz de luz en un punto concreto.

Nagasi tenía 10 años y su única indumentaria consistía en un pequeño pantalón corto, viejo y raído que además era dos tallas más grande. Cojeaba a consecuencia de una lesión en el pie derecho que le dejó casi inválido, pues sus huesos, frágiles como el cristal por la falta de calcio, se rompían con mucha facilidad. Una noche, cuando algunos hombres del poblado practicaban bailes tribales alrededor de una hoguera pidiendo a los dioses para su pueblo, Nagasi decidió dar una vuelta por el extrarradio para pensar, imaginar y disfrutar de lo mucho que había para ello en las espectaculares noches africanas. Momentos después de andar por la relajante oscuridad con la única luz que ofrecía una preciosa y enigmática luna llena, Nagasi creyó oír algo que no logró identificar a pesar de su insistencia en reconocer aquel oscuro perímetro en busca del causante del extraño sonido. Enseguida perdió todo interés pues si algo no faltaba por aquellas tierras eran criaturas nocturnas de todo tipo que aprovechaban la noche para realizar sus incursiones de caza. Siguió andando y una vez más oyó aquel ruido. Era como si alguien le estuviera chistando para llamar su atención, pero por mucho que buscaba a su alrededor no veía nada. Se sentó en la tierra tibia, y armándose de paciencia esperó.

Al cabo de unos minutos volvió a oírlo, aunque esta vez no se trataba de ninguna llamada de atención sino una voz dulce, clara y pausada que pronunciaba su nombre.

- Nagasi, Nagasi. ¿Es que no me oyes Nagasi?

- Claro que sí, pero no te veo. No sé quién eres –contestó Nagasi

desconcertado y sin saber hacia donde mirar.

- Sí me ves, mi pequeño Nagasi, lo que ocurre es que no crees en mí.

- Si me dijeras quien eres, tal vez...

- Mira hacia arriba mi niño, en el cielo –dijo la voz dulcemente- ¿Me ves ahora?

Tras mirar al cielo y ver las estrellas y la luna, como todas las noches, Nagasi necesitó un momento para centrarse y comprender lo que estaba sucediendo; quería asegurarse de que no imaginaba aquellas voces, que eran de verdad para poder admitir que, por raro que pareciese, la luna estaba hablando con él.

- Así es mi pequeño Nagasi, soy la luna –dijo aquella voz tierna y modosa mientras se dibujaba una especie de sonrisa en la superficie del satélite- no tengo mucho tiempo pequeño, así que préstame mucha atención.

La luna habló con Nagasi, le anunció que le concedería el don de la magia; podría hacer lo que quisiera y como quisiera. Se había fijado en su bondad, le dijo, además de su nobleza y la fuerza de su espíritu y de su corazón y estaba convencida de que no le defraudaría nunca. Hablaron largo rato hasta que, muy cansado, el niño cayó rendido en un profundo sueño. A la mañana siguiente Nagasi despertó sobre su lecho de esparto viejo, en su choza, sin saber cómo había llegado hasta allí, ya que lo último que recordaba era haber soñado que hablaba con la luna de algo relacionado con la magia.

Seguro entonces de lo que era capaz de hacer con aquel don que le había concedido su amiga la luna, se fue a buscar a su padre, Bogale, para contarle lo ocurrido y pedirle, con urgencia, que le acompañara a Addis Abeba; allí había un viejo bar que recordaba de haber estado en otra ocasión. En su cabeza, a una velocidad pasmosa, se urdía un plan con el que zanjaría muchos de los problemas de aquella parte del planeta, y que no se habían resuelto ya debido al envilecimiento de todos los mandatarios del continente. Bogale, desganado por la impotencia de no poder conseguir nada mejor para su familia, escuchaba atónito a su hijo:

- ¿A Addis Abeba, ahora? – inquirió su padre sin saber qué ocurría

- Sí. Creo que puedo hacer muchas cosas buenas por nuestro pueblo –dijo Nagasi emocionado al tiempo que tiraba de la mano de su padre- necesito

ver una foto del presidente de nuestro país.

- ¿De Girma Woldegiorgis? –inquirió Bogale sorprendido e ignorante de los planes de su hijo. De todas formas accedió a acompañarle, pues no tenía nada mejor que hacer.

Tras largo rato de sofocante caminata, el muchacho explicó a su padre lo que pasaba. De camino y al paso por otros poblados, Nagasi hacía que apareciera comida, agua y algunos animales corriendo delante de las narices de los cazadores, en lugares con una situación similar a la de su pueblo. Padre e hijo llegaron a Addis Abeba, pararon delante del bar que recordaba Nagasi y tras una mirada mutua indicando que había llegado el momento, decidieron entrar en aquel pequeño bar. Nagasi se colocó frente a la foto del presidente de la república mientras Bogale se acercaba a la mugrienta barra para pedir, como gran favor, dos vasos de agua. Nagasi permaneció mirando aquella foto durante un instante, con la mirada fija, tras esto no sucedió nada. Poco después, muy tranquilo y convencido de los cambios que se iban a producir, cogió a su padre de la mano y tirándole de esta hacia abajo, le dijo al oído:

-Mira el televisor.

La programación habitual fue interrumpida ante la estupefacta mirada de Bogale para anunciar una rueda de prensa urgente y repentina que el presidente de la república acababa de convocar. Todos los presentes en el mísero bar callaron ante la imagen del presidente en el televisor, pues aquel era un acontecimiento inaudito ya que ningún mandatario, hasta la fecha, se había dignado dirigirse al pueblo. El presidente habló de los cambios que iba a impulsar a partir de ese momento, con carácter urgente, en todo el país: repartirían todas las reservas de comida imperecedera y medicinas que había ido acumulando el gobierno durante los dos últimos años; harían un reparto equitativo de las tierras para cada poblado; el gobierno se encargaría del suministro de ropa, agua y materiales de construcción para construir casas decentes para todas las familias; construiría una escuela y un ambulatorio en cada pueblo, etc., etc.

Todo el mundo se quedó mudo, incluso en la calle se apreciaba un silencio sepulcral. A los pocos minutos aquel silencio fue roto por el llanto de un niño. Intrigados, todos se asomaron cautelosos a la calle y vieron a una mujer que llevaba a su bebé enfermo en los brazos y que lloraba, no de pena, si no de alegría pues por fin veía que su niño, según explicó después, iba a tener alguna posibilidad de sobrevivir. Nagasi se fijó en los que le rodeaban y todos, incluso los hombres más ancianos, sollozaban y se enjugaban las lágrimas ante aquel anuncio de esperanza para todo el país.

Sin dejar de mirar la inconmensurable alegría de toda la gente, Bogale propinó unas palmadas fraternales a su hijo en la espalda agradeciéndole, orgulloso, aquella idea, luego le miró a los ojos y sin decir palabra, solo con la mirada, le dio a entender a Nagasi que tenían mucho trabajo por hacer, pues esa magia debían aprovecharla y compartirla para acabar con la desgracia, las guerras y la pobreza en todo el mundo. El muchacho asió la mano de su padre, le animó con un gesto de cabeza a iniciar camino y dejando a toda aquella gente con la alegría del reciente milagro, pusieron rumbo a todas partes para aprovechar la magia que la luna, en un atisbo de salvación mundial, confió con acierto en el pequeño Nagasi.

Autor: pemu